

Crueldad

Jordi Nadal



Nikolái Gógol fue un maravilloso autor ruso del siglo XIX que tocó en su cuento *El capote* la esencia de una de las partes más oscuras de la condición humana: la crueldad. Allí cuenta la historia de un pobre funcionario ruso, quien, tras muchísimas penalidades, logra comprarse un buen capote que le permita pasar el invierno en la dureza de Moscú. Pero sus compañeros y sus jefes, mediocres, envidiosos –y, a la postre, crueles–, le amargan la vida. La pregunta central del cuento toca la esencia de una de las grandes preguntas de la vida: “¿Por qué me torturan?”.

Es tanta la fuerza de este relato que hay una historia muy impresionante vinculada a él, contada por Elias Canetti, premio Nobel de Literatura de 1981, en su autobiografía. La cosa viene así: cuando Canetti estudiaba en Viena tenía en su habitación una reproducción de la Capilla Sixtina. En ese momento, la obra que más le impresionaba era el cuento de Gógol. La que luego sería su esposa, Veza

El mundo es un universo de dolor y de crueldad, pero, por suerte, existe el arte

Taubner-Calderon, le descubrió la obra de Georg Büchner, y el impacto fue inmenso: cambió la reproducción de la bella y harmónica obra de Miguel Ángel por una reproducción de gran intensidad dramática del impresionante y demoledor retablo de Isenheim, de Matthias Grünewald.

Sí, el mundo es un universo de dolor y de crueldad. Pero, por suerte, existe el arte, que nos hace compañía. Recientemente leí el espléndido libro de Sophy Roberts, *Los últimos pianos de Siberia*, un mosaico en el que se mezclan la historia de este instrumento y la de los rusos en esta remota región. Hay una frase inscrita en la lápida de uno de los inolvidables personajes que describe algo reparador y que nos llena de balsámica esperanza: “Una vida en la que Bach está presente es una vida bendita”. Es por esto por lo que es tan necesario el arte: nos cuenta cosas de nuestra más íntima humanidad. Nos desvela lo hermoso y lo terrible de vivir. Permite que quepan muchísimas formas de entender el mundo. Y admite y acoge muchísimas verdades. A veces con dramatismo; a veces, incluso, con humor. Gógol termina la primera parte de su obra maestra, *Las almas muertas*, con esta frase sobre su protagonista: “Entonces Chíchikov durmió con el sueño plácido de los que no sufren de pulgas, hemorroides ni exceso de inteligencia”. El arte y el humor y Bach son necesarios.●